

Capítulo 268 - ¿Quién va con Vergil?

"Hm... ¿quién es?" Viviane arqueó una ceja y se cruzó de brazos mientras observaba de arriba abajo la figura que tenía ante sí: una mujer de belleza exótica, con rasgos ligeramente reptilianos ocultos bajo una apariencia humana impecable. Pero sus pupilas verticales aún brillaban con el brillo de un depredador.

"¿Nunca has visto un espíritu antes?" gruñó Zuri, cruzándose de brazos con desdén.

"¿Un espíritu? No como este", respondió Viviane, dando un paso para rodear a la lamia. "Eres... realmente interesante". Su voz denotaba más curiosidad que hostilidad, aunque el tono analítico era innegable.



Zuri puso los ojos en blanco, claramente perdiendo la paciencia. "Vergil, voy a matar a esta mujer".

—Tú fuiste quien decidió salir de su forma de serpiente —respondió desde el sofá sin siquiera levantar la mirada—. Asume las consecuencias.

Vergil se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrelazados. Sus ojos escarlata brillaron con sutil interés. "Y bien... ¿cómo van las cosas?"



Viviane suspiró levemente, volviéndose hacia él con un deje de cansancio en su postura. «Como informaron sus generales... es, en efecto, otro fragmento de Ex-Calibur».

Se acercó a la chimenea mientras hablaba; las llamas se reflejaban en sus ojos dorados. «Qué lástima que haya tenido que ser en el único territorio donde nuestra influencia es... inexistente».

Vergil levantó una ceja. "¿Vampiros?"

Viviane asintió lentamente. "Sí. Al igual que los hombres lobo, los vampiros nunca fueron precisamente... acogedores. Prefieren la distancia. La tensión ha existido durante siglos, y ahora..." Lo miró de reojo. "Están aliados con los Ángeles Caídos".

—No te preocupes —dijo Vergil con calma, reclinándose en el sofá—. Estoy esperando una llamada de Azazel. Me conseguiré una reunión con Alucard.



Viviane no ocultó su sorpresa. "¿Te sientes segura?"

—Me conoces. —Esbozó una sonrisa torcida, justo cuando el sonido de pasos ligeros resonó de fondo.

Ada se acercó por el pasillo de madera pulida, con sus pies descalzos casi en silencio sobre el suelo. Vestía un kimono tradicional con suaves estampados florales, y llevaba el pelo suelto y ligeramente ondulado. Parecía salida de un cuadro otoñal japonés.

Vergil levantó la vista y sonrió. "¿Acabas de volver de Japón?"



Ada asintió suavemente. «Mamá y yo visitamos la tumba de la abuela». Había un dejo de melancolía en su voz, pero también serenidad, una calma que a veces lo preocupaba. Demasiado calma para alguien de su edad.

- ¿Y cómo te sientes? -preguntó suavemente.

"Nací después de que ella falleciera. Nunca la conocí, pero..." Ada sonrió dulcemente, con los ojos brillantes. "Mamá tiene un recuerdo tan hermoso de ella. Así que, en mi corazón, guardaré ese recuerdo. Como si fuera mío."

Ella se sentó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro con un gesto cariñoso. Vergil sintió su calor familiar y respiró hondo, permitiéndose, por un momento, olvidar el peso del mundo.

"¿Qué es esto?", murmuró Ada, tocándole suavemente la mano. Sus delicados dedos rozaron una cadena negra que se enrollaba como si fuera parte del brazo de Vergil.



La cadena pulsaba débilmente, hecha de pura energía de muerte, su forma cambiaba como humo sólido.

"Hm... larga historia", dijo Vergil con una sonrisa torcida.

Zuri, todavía enfurruñado en el rincón, se burló. "Largo y estúpido".

Viviane seguía mirando la cadena, con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados con más fuerza sobre el pecho, como si algo en la energía la perturbara a un nivel primario.



—Esa cosa no parece simplemente pegada a ti —dijo, bajando la voz—. Parece... viva.

—La energía de la muerte tiene voluntad propia —respondió Vergil, mirando la cadena como a un viejo compañero que aún lograba sorprenderlo de vez en cuando—. Pero no te preocupes, sabe quién manda aquí.

Ada soltó una risita, aunque sus ojos seguían fijos en el humo negro que latía alrededor de la cadena. "Aun así... es diferente a todo lo que has probado antes."

Zuri dio un paso adelante, con una expresión que volvía a la normalidad, aunque seguía visiblemente molesta. "Y es peligroso. Selene lo dijo, ¿recuerdas? Ese tipo de energía conlleva una maldición. Puede consumir, distorsionar." Señaló la cadena. "Puede que ahora tengas el control... ¿pero por cuánto tiempo?"

Vergil no respondió de inmediato. Levantó el brazo, observando cómo se retorcían los etéreos patrones de la cadena, como si reaccionaran a sus pensamientos. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

"Si intenta consumirme", dijo finalmente, "descubrirá que soy una comida difícil de tragar".

Viviane rió secamente, negando con la cabeza. "Sigues siendo tan arrogante..."

Zuri se cruzó de brazos. "Confiado, querrás decir. Incluso cuando está a punto de hacer una estupidez increíble."

Vergil le guiñó un ojo. "Me amas."





Zuri se sonrojó al instante y le dio la espalda, murmurando algo ininteligible mientras caminaba pisando fuerte de regreso a su rincón de la habitación.

Viviane suspiró y volvió a sentarse. "Y ahora... ¿qué pasa, nuestro comandante oscuro?"

"Estoy esperando a que Azazel me llame", dijo Vergil, reclinado en el sofá. "Si consigue la reunión con Alucard, puedo negociar el acceso al fragmento de Ex-Calibur. Si no... bueno, quizá tenga que entrar en una ciudad vampírica entera".

Viviane arqueó una ceja. "Encantadora como siempre."

Antes de que pudiera responder, el aire de la habitación tembló. Una leve vibración recorrió las tablas del suelo. Un instante después, un círculo de invocación carmesí se encendió brevemente sobre la mesa de centro, y entonces, un pequeño orbe cristalino se materializó, flotando en el aire.



"Hablando del diablo", dijo Vergil con una sonrisa torcida mientras una sutil distorsión brillaba en el espacio sobre la mesa.

El orbe de cristal pulsó con luz escarlata, girando lentamente, y pronto la inconfundible voz de Azazel resonó por la habitación: suave, elegante, casi melódica, pero mezclada con una calma desconcertante.

"Vergil... Alucard siente curiosidad. Accederá a verte, pero te ha puesto una condición."

Solo por el tono, Vergil frunció el ceño. Ya olía a problemas.



Quiere que traigas a alguien de tu... familia. Un gesto de confianza... o de vulnerabilidad, según cómo lo mires.

El silencio cayó como un velo negro, espeso y pesado.

Todos en la habitación se giraron para mirarlo.

Zuri, desde el otro lado de la habitación, abrió mucho los ojos y murmuró con desdén: "Tienes que estar bromeando..."

—¿Familia, eh? —murmuró Vergil, frotándose la sien con dos dedos—. Genial. Ahora tengo que elegir a cuál de mis mujeres le toca tomar el té con un vampiro milenario.

'Voy a matarlo en la primera oportunidad que tenga... Sí, ¿quién carajo piensa que está bien convocar a alguien de mi familia para algo así...?'



Ada lo miró desde su hombro, con una sonrisa pícaro en los labios. Viviane se cruzó de brazos y arqueó una ceja como si dijera en silencio: «Ni me mires». Y Zuri ya negaba con la cabeza, murmurando maldiciones en voz baja.

Al otro lado de la llamada, Azazel dejó escapar un profundo suspiro. "A quien sea. Alucard no está preparando una emboscada, al menos no esta vez. Simplemente... le gusta ver quién está al lado del poder".

—¿O quién es vulnerable? —murmuró Vergil pensativo.

El orbe se quedó en silencio durante unos segundos.



—Es audaz, sí. Pero no subestimes cuánto te teme, aunque nunca lo admita — la voz de Azazel volvió a sonar, ahora más firme—. Sigue el juego. Como siempre.

Vergil se reclinó en el sofá, con los ojos entrecerrados y una sonrisa cínica tirando de sus labios.

"Alucard es demasiado atrevido. Pero bueno..."

Hizo girar la cadena negra alrededor de su dedo como si fuera una pulsera viviente y la energía de la muerte vibró con un zumbido bajo en respuesta.

"Démosle al vampiro un poco de lo que quiere", dijo Vergil antes de cortar la conexión.

Y luego... silencio.

Todos lo miraron, todos. Como si estuvieran esperando.

Esperando su respuesta.

Esperando saber a quién traería.

El aire se volvió más denso que la magia comprimida. El mundo mismo pareció detenerse un instante; el único sonido que se atrevía a moverse era el crepitar del fuego en la chimenea.

Viviane se mantuvo erguida, con los brazos cruzados y la barbilla levantada en su elegante desafío, con una expresión que mezclaba perfectamente desafío y expectación. Selene, callada como siempre, no dijo nada, pero su





mirada gritaba: «No te atrevas a olvidarme». La mirada de Ada se agudizó, dejando de fingir cariño, ¿y Zuri? Zuri permanecía con la cabeza ligeramente ladeada, con una sonrisa pícaro y petulante en los labios, disfrutando claramente de lo incómodo que estaba.

Incluso Ada, todavía apoyada contra él, inclinó la cabeza hacia arriba, con los ojos brillando de curiosidad.

¿A quién elegiría?

"De acuerdo..." murmuró Vergil, pasándose una mano por la cara con un suspiro audible. "¿Podrían... dejar de mirarme así?"

Zuri arqueó una ceja, fingiendo inocencia. "¿Cómo qué?"

—Esa mirada de «si eliges al equivocado, morirás mientras duermes». Hizo un gesto vago en círculo.

Viviane sonrió con los labios, pero no con los ojos. "Ay, cariño... no te mataremos. Solo te romperemos los dos brazos".

"Qué alivio", se quejó Vergil.

Se levantó lentamente, recorriéndolos con la mirada. La cadena negra que rodeaba su brazo vibraba ligeramente, como si también sintiera la tensión que flotaba en el aire.

"Bien, repasemos la lista...", dijo, pensando en voz alta. "No puedo con Zuri... intentaría comerse la mitad del castillo de Alucard o insultar a algún noble y empezar una guerra."





Zuri sonrió con orgullo. "Prometo que me portaré bien... quizás".

—Exactamente. —Ni siquiera la miró y se volvió hacia la siguiente.

—Ada... odias los espacios cerrados. No voy a arrastrarte a un salón gótico para que tengas un ataque de pánico.

Ada asintió suavemente con una sonrisa de agradecimiento. "Gracias por recordarlo".

"Si es Katharina..." Vergil dudó, mirándola de reojo. "Sería una buena opción... pero no le daré a Alucard la satisfacción de verla enfadada. Probablemente se enamoraría y yo acabaría provocando una guerra."

—Viviane... tienes demasiada sangre demoníaca. Te olerían a kilómetros de distancia como si fueras un bufé gourmet. Y no pienso masacrar a todo un clan antes del té.

Viviane hizo pucheros y murmuró: «Sería un banquete refinado. Solo para ti...».

—Stella... no. Demasiado dulce —murmuró Vergil, con la mirada perdida mientras repasaba mentalmente su lista—. Roxanne... también demasiado dulce. Raphaeline... probablemente convertiría el castillo en un mercado de trueque... —Dejó escapar un profundo suspiro—. Ah... definitivamente no puedo con Safi...

Charla.





El agudo sonido de un tacón alto resonó por la escalera de mármol, desgarrando sus pensamientos como una cuchilla. Vergil levantó la vista de golpe, y la curiosidad fue reemplazada al instante por un bloqueo total de todas las partes funcionales de su cerebro.

"Por supuesto que puedes. Y me llevarás."

La voz era dulce, pero de una autoridad inquebrantable. Cada sílaba resonaba con una confianza inquebrantable, como si la mera idea de ser rechazada fuera ridícula.

Zafiro descendió los escalones como una diosa entre mortales, ataviada con un vestido de terciopelo carmesí intenso que se ceñía a cada curva peligrosa con precisión inmaculada. La tela brillaba sutilmente bajo las luces de la mansión, como si estuviera cubierta de estrellas. Su cabello rojo estaba recogido en un elegante recogido, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro, acentuando la intensidad de su mirada y la perfecta curva de sus labios escarlata.



Ella no necesitó un hechizo para encantarlos: la imagen por sí sola fue un impacto directo.

—¿Qué demo—? —empezó Vergil, pero las palabras murieron en su garganta.

Ahogado. Sin palabras.

Ella sonrió, claramente complacida con la reacción.

"¿Decías algo?", preguntó Zafiro, bajando el último escalón y deteniéndose justo frente a él. Una suave brisa traía su aroma: jazmín y menta, elegante y mortal.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"T-tanto rojo..." murmuró finalmente, completamente fascinado.

